

Diego  
Arboleda

Raúl  
Sagospé

# Los DESCAZADORES de especies perdidas



Genios e ingenios  
de los años del vapor

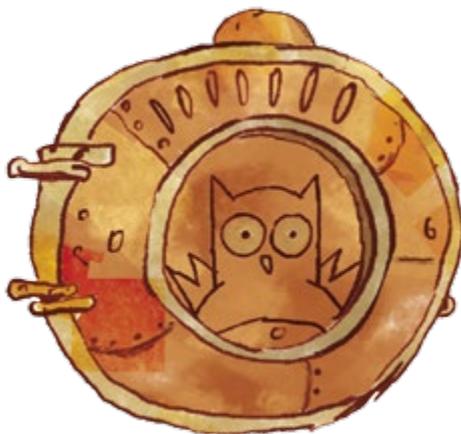
ANAYA

Diego  
Arboleda

Raúl  
Sagospé

Los  
**DESCAZADORES**  
de especies perdidas

Genios e ingenios  
de los años del vapor



ANAYA

1.ª edición: noviembre de 2015

© Del texto: Diego Arboleda, 2015  
© De las ilustraciones: Raúl Sagospe, 2015  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2015  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.es  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

El capítulo «La válvula del señor Bisiesto» está basado en el cuento escrito por el autor para el programa *Breves Historias Tecnológicas*, organizado por la Fundación Telefónica.

ISBN: 978-84-678-7178-4  
Depósito legal: M-29308-2015  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujerén, plagiarén, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Índice

La peluca de monsieur Cugnot .....	7
Minerva Vapour, última descendiente de una familia de genios .....	13
La válvula del señor Bisiesto .....	53
El sueño de Victoria .....	87
La lechuza dorada de Iris Vapour .....	125
El álbum fotográfico de William Aimer .....	139
Zazia, nieta de Zazel .....	185
Los cazadores de especies perdidas .....	215

*Este libro comienza en el siglo XVIII.*

*Ese fue un buen siglo para las máquinas de vapor, pero no para la vaca marina de Steller, un fabuloso animal acuático que llegó a medir ocho metros y a pesar diez toneladas. Durante centenares de años había vivido tranquila en la isla de Bering. En el siglo XVIII, esta vaca marina fue descubierta y cazada en su isla hasta que se extinguió.*

*Así que no veréis asomar su húmedo hocico por aquí.*

## Galería ilustrada

Genios e ingenios de los años del vapor  
presenta:



1769-1771

La peluca de monsieur Cugnot



**E**l primer vuelo a vapor no lo llevó a cabo un hombre, ni una mujer, sino una peluca.

Dos años antes de ese vuelo, en 1769, Nicolas-Joseph Cugnot inventó el primer automóvil, lo hizo en Francia, y era un automóvil de vapor. La máquina, con su enorme caldera, parecía el cuerpo de un gran insecto, una gigantesca libélula metálica que hubiera perdido las alas. En 1769 un vehículo así resultaba estrambótico y sin duda excepcional. No lo eran, sin embargo, las pelucas blancas.

En el siglo XVIII se usaban esas pelucas blancas, toda persona distinguida tenía una, y quien no la tenía, deseaba tenerla. Eran tan habituales que había incluso ladrones de pelucas blancas. Como no había automóviles, no abundaban los ladrones de coches, pero de pelucas, sí. Tiene sentido, si lo pensáis.

Desde muy joven, Nicolas-Joseph Cugnot lució una de esas pelucas. Dentro de la peluca estaba su cabeza, y dentro de su cabeza, bullía una idea: construir el primer automóvil.

Monsieur Cugnot consiguió llevar a cabo su invento y construyó su «ingenio mecánico». Cugnot no fue

solo el inventor del primer automóvil, sino que mientras lo conducía, una tarde de 1771, lo estampó contra la pared de un edificio. Fue también, por tanto, el inventor de los accidentes automovilísticos. No le aplaudiremos por ello.

Por suerte, Cugnot no sufrió grandes daños en el accidente. En cambio su peluca, sí. Abandonó su cabeza (en lo que fue el primer vuelo realizado gracias a una máquina de vapor ) y voló hasta aterrizar sobre la caldera del automóvil, donde el humo y el calor acabaron con ella.



La destrucción de la peluca de Cugnot marcó un antes y un después en la historia. Por alguna desconocida razón, las pelucas blancas y los motores de vapor nunca se han llevado bien. Lo cierto es que, a partir de ese día, los motores de vapor fueron a más, mientras que las pelucas blancas fueron a menos.

En la actualidad, ese tipo de pelucas blancas no las lleva casi nadie, solo algunos jueces y abogados, en especial en el Reino Unido.

Cugnot no llegó muy lejos con su automóvil y, cuando lo intentó, se estrelló contra una pared. Pero no lo juzguéis muy duramente por eso. Sobre todo si no lleváis una peluca blanca sobre vuestras cabezas.



*Esta historia sucede en Francia, a comienzos del siglo XX.  
También a comienzos del siglo XX, pero muy lejos de Francia, en  
una isla mexicana, fue abatido el último ejemplar de una curiosa  
ave rapaz, el pájaro caracara de la isla de Guadalupe.  
Su caza empezó a finales del siglo XIX y a comienzos del siguiente  
siglo ya había desaparecido.  
Así que, de momento, no veréis a este pájaro asomar su pico cur-  
vo por aquí.*

## Galería ilustrada

Genios e ingenios de los años del vapor  
presenta:



1920

Minerva Vapour, última descendiente  
de una familia de genios



# 1. Una hoja de otoño

**C**asi ciento cincuenta años después del accidente de monsieur Cugnot, uno de los primeros días del otoño de 1920, en un pueblo de la costa atlántica francesa, una mañana de lluvia un niño encontró en el suelo del patio del colegio una hoja de color marrón. Una de esas hojas que caen de los árboles.

El niño era este niño.

La hoja era esta hoja.



El patio era acristalado, parecido a un invernadero. El techo transparente tenía un agujero en el centro. A través de ese agujero salía el tronco de una espléndida olma. Una olma es un olmo muy corpulento y frondoso. Junto a la olma se encontraba una maestra. Una maestra no es un maestro corpulento y frondoso. Es sencillamente, una mujer que enseña.

La cuestión es que la maestra no vio caer la hoja, sino que fue uno de sus alumnos. Esa hoja no era una hoja cualquiera, y no había caído de la olma, sino que provenía de mucho más arriba. De una torre que se alzaba junto al patio acristalado.

En los cuentos, las torres son habitadas por princesas o por brujas. En este caso, en la torre no vivía ninguna princesa, ni ninguna bruja. Sino una niña de once años. Pero, de la misma manera que la hoja no era una hoja cualquiera, la niña de la torre no era cualquier niña. Se trataba de la científica e inventora Minerva Vapour, última descendiente de una gran familia de genios.

Minerva espío desde la ventana de su laboratorio cómo aquel alumno recogió la hoja y la miró con curiosidad.





En el noroeste de Francia llueve a menudo en otoño, y caen hojas a menudo también. Así que, en principio, no tiene nada de especial encontrar, en una mañana de lluvia, una hoja caída de un árbol.

Y menos si es de color marrón.

Eso es lo normal. Las hojas verdes se van llenando de los colores del otoño: el amarillo, el granate y el marrón. Como explicó en su ensayo *Teoría de los muchos colores* la tataratía abuela de Minerva, la profesora Abundantia Vapour, los colores del otoño pesan mucho, por eso se caen las hojas.

Quizá vosotros no lo sepáis, pero todas las Vapour saben que el marrón pesa más que el verde.

Lo importante es que, al margen de su color, esa hoja sí era especial. Y aquel niño lo supo cuando le dio la vuelta y descubrió que tenía un mensaje, un mensaje escrito a máquina.

*Hola:*

*Si has encontrado esta hoja supongo que eres uno de los niños borrosos. Espero que no seas la maestra.*

*Mira hacia arriba, a la ventana más alta. Soy la niña que vive en la torre.*

*Soy una niña, pero también soy un portento. Un portento científico.*

*Y un casi genio.*

*La próxima vez que llueva, busca otra hoja como esta.*

*Minerva*

El niño le mostró la hoja a sus compañeros.

Todos alzaron la cabeza mirando hacia la torre.  
«¿Quién ha escrito este mensaje?», dijeron unos.  
«¿Cómo es que ha usado la hoja de un árbol?», se sorprendieron otros.  
«¿Y por qué nos llama borrosos?», se preguntaron todos.



Para responder bien a esas preguntas, lo mejor será retroceder en el tiempo, pero no al siglo XVIII, solo unos pocos días, para poder contar lo que sucedió exactamente una semana antes.